

Callejón del Gato

Fiesta concéntrica

José Ramón Enríquez

La clave para esta columna me la dio un verso: “Hoy es la fiesta concéntrica del mundo”. Forma parte de un poema que fechó Pellicer en 1919. Canto a la vida que es responso a la muerte (oxímoron místico de un poeta apenas veinteañero) titulado “Homenaje a Amado Nervo”. Si todo es una fiesta concéntrica, de alegre vida en muerte o muerte en vida, más allá de geografías y edades, se puede abrir la puerta por la cual recorrer callejones que me permitan transitar desde mi casa en Mérida hasta la casa de Carlos Pellicer en la Sierra Nevada de las Lomas de Chapultepec, en 1972.

Y en la invención-evocación que es la memoria aparece lo amargo del cacao como lo tomaba él, sin azúcar y hervido sólo en agua, insoportable para mi paladar urbano, tan alejado del calor tabasqueño como de cualquier posibilidad de escuchar en mi interior alguna “oda tropical a cuatro voces”. Para gustar ese amargo original de los cacaos era preciso ser el hijo de doña Deifilia Cámara de Pellicer, haber recibido del trópico “las manos llenas de color” y, a pesar de que fuera imposible, “llamarse Carlos”.

Si recordar aquel momento de principios de los años setenta parecería alejarme de la topografía del Callejón del Gato que ha venido ordenando de alguna manera estas columnas, porque estoy “en la fiesta concéntrica del mundo” no me siento alejado de la ciudad interior que me obliga a dejar ciertos callejones hasta perderme por otros más y buscarme en los espejos cóncavos y convexos que habitan la memoria. En apariencia alejado de la real topografía original del Callejón del Gato puedo afirmar que, aun cuando Sierra Nevada en Las Lomas nada tenga que

ver con la Calle Mayor del Madrid de los Austrias, ello no significa que no puedan tener como habitante, en autos sacramentales y concéntricos, a un gran poeta al cual fui a visitar para merendar un chocolate mientras él tomaba el cacao a su manera: a la manera de su ciudad, la de San Juan Bautista, que conocemos desde 1916 como Villahermosa, la capital del estado de Tabasco.

El motivo de mi viaje desde Cerro Dos Conejo, por el rumbo de Coyoacán donde habitaba, hasta la Sierra Nevada en Las Lomas donde vivía Carlos Pellicer fue acompañar a Paco Marín, joven actor yucateco, “un príncipe maya”, que conocía bien al poeta y lo admiraba tanto que aun hoy los tonos graves de su voz recuerdan los de Pellicer y me parece oír que “en todas las ventanas / cuelga el ojo su fuego simultáneo / sobre cuatro horizontes silenciosos...”.

En 1972 fuimos a invitarlo al estreno de mi primera obra, *Ritual de estío*. Paco Marín era uno de sus intérpretes y me pierdo entre los reflejos del Callejón del Gato que ocupa mi memoria precisamente porque este mismo año Yucatán le ofrece su Festival de Teatro en homenaje porque ha hecho teatro sin parar desde antes aun de aquel *Ritual* que, sin saberlo, pudiera ser de un *estío* concéntrico al del “Homenaje a Amado Nervo”: “Joven y redimido, vengo a escuchar la música del campo / y a enriquecerme con tu estío”. El joven poeta que era entonces Pellicer le cantaba en Bogotá, en septiembre de 1919, a la vida por la muerte de Amado Nervo: “Hoy es tu fiesta, / hoy es la fiesta de tu mejor hijo. / De aquel que al fin te dijo: / ‘Vida, nada me debes, vida, estamos en paz’. / Ya llegó a tu regazo: / por eso eres más bella



Carlos Pellicer

y es más fuerte tu abrazo / y es más noble tu faz. / Hoy es la fiesta concéntrica del mundo”.

Ahora que recuerdo al novel actor y al poeta consagrado, imagino también a un novel poeta, en 1918, frente al entonces poeta consagrado que volvía luego de largo tiempo en el extranjero. La revista *San-Ev-Ank* recogió el discurso del preparatoriano Carlos Pellicer Cámara del 22 de julio de 1918, donde afirmaba: “La evolución artística de Amado Nervo no es sólo lógica por sincera sino que, acaso, es la más completa y noble entre los poetas máximos de América”.

Para su fiesta concéntrica, el poeta adolescente trazó una genealogía de Nervo que era la suya propia y sería la “del arte poético en América [...] González Martínez [...] comenzaba a pasar las manos sobre las melenas del león, aquietándolas. Díaz Mirón había vendido sus lámparas maravillosas [...] y Darío deslumbraba y pensaba en *Cantos de vida y esperanza*. Chocano había echado a correr sus caballos bárbaros [...] Urbina se sintió por unos meses modernista, y Herrera y Reissig [...] escribía a la manera de Schumann y esculpía demasiado. A Lugones le estaba reservado el último vagido de esa hora inmortal...”.

A la fiesta entraba Carlos Pellicer. **u**